

Qué bajo hemos caído

Leonardo Curzio

● Qué bárbaros! En qué caldillo pútrido se está cocinado parte de la vida institucional. En este país en el que se vale todo para que tu punto de vista prevalezca sobre los demás ya nos habíamos acostumbrado a la estrategia de la mentira sistemática como forma de lucha política: repita y repita la misma monserga, que de algo sirve. Pero ahora vamos dejando a Goebbels y nos acercamos a una forma combate político que algo tiene de Hoover (el eterno director del FBI), algo, por supuesto, de Gutiérrez Barrios, que fue su versión cimarrona, y más de Don Corleone o sus émulos mexicanos de *La Familia*.

El chantaje como método se va imponiendo en las últimas semanas sin que hasta el momento alguien esté dispuesto a detener esta espiral de la infamia. Me refiero no a una forma figurada de chantaje político, sino a chantaje puro. Si estuviésemos hablando de particulares, el asunto sería grave, pero si es verdad (no lo sé) que el presidente de la Cofetel entregó a una ex funcionaria desechada (que supongo aparecerá muy pronto como aguerrida diputada de oposición) un disco con conversaciones del secretario de Comunicaciones, la cosa realmente tiene otro cariz. Si un funcionario se siente habilitado para proceder de la manera que quiera, sin escrúpulos de ningún tipo, es que le ha perdido todo el respeto al gobierno en el que trabaja o al Estado que dice servir. Me parece increíble que el asunto no esté en manos de la PGR.

Aclaro, no tengo ningún elemento para decir, o dejar de decir, si Luis Téllez ha actuado correctamente en los asuntos de su secretaría, pero considero que hay mil formas de cuestionar el desempeño de un secretario

que no pasan por tenerlo bajo amenaza de publicar sus conversaciones como político o como persona. El chantaje como método es infamante para quien lo practica. Téllez puede ser el político más cuestionable, aun así no se puede justificar cualquier método para desacreditarlo. El siguiente paso podría ser, si seguimos por ese relativismo ético de que todo se vale para combatir al enemigo, su envenenamiento.

Cuando el comportamiento de los actores agraviados por cualquier decisión de la autoridad se empina por la pendiente de lo ruin, la legitimidad original de la demanda se diluye para dejar al descubierto el atroz comportamiento del agraviado. De la misma manera que un grupo radical con demandas legítimas se descalifica cuando recurre al terrorismo como método. El origen del agravio pasa a un segundo plano. En estos días en los que la nota cotidiana ha sido el teléfono de Luis Téllez, uno se pregunta si este Estado que tenemos defiende a alguien. Ni siquiera un secretario de despacho está al abrigo de la arbitrariedad.

Lo peor de todo es que a los implicados en esta operación de acoso y derribo de Téllez se les llena la boca hablando de lealtad, ética e interés público. Por agraviada que esté Purificación u Osuna, yo creo que es importante recordar que, perdón, pero los métodos sí cuentan; que no se puede hacer cualquier cosa, por infame que sea, que no esté sujeta a un juicio moral y otro público. Cuando se pierden los escrúpulos por el camino, uno puede decir que su ética sigue intacta y que su actuar responde a un interés superior. Todas las atrocidades del pasado se han hecho con justificaciones, así que van dando al individuo la licencia de hundirse más en el fango de la infamia.

Luis Téllez puede ser el peor secretario de la historia, pero no todos los métodos son válidos para sacarlo de la jugada.

Analista político

